



PREMIO MARÍA GUIRADO





## EL REGALO

Antonio Javier Jareño Alarcón

IES José Luis Castillo Puche

1º premio María Guirado de Creación Literaria curso 2007-2008

Noviembre estaba siendo benévolo con Moscú. Se demoraban las primeras nieves, y los grises y ocres del otoño flotaban sobre avenidas y árboles, regalándoles una belleza efímera y tardía. Grupos tristes de jubilados poblaban los bancos y los jardines de la ciudad arrastrando su equipaje de pasado y de culpa, mimetizados en el paisaje caduco de una ciudad vencida. Valentín escogía a diario un recorrido, la biblioteca pública, las tertulias del parque Gorki, los comercios a orillas del Moscova o la tumba de Lenin. El paseo le hacía bien, y sólo cuando necesitaba una dosis mayor de melancolía se acercaba a la Universidad, saludaba a antiguos colegas y se unía a ellos en la gratificante tarea del culto a los viejos tiempos.

Aquella mañana sacó del armario una gabardina, el sombrero de los días de fiesta y un bastón que aún no necesitaba pero que preveía inevitable y definitivo. Se alisó el escaso pelo blanco, apuntaló las gafas con el índice y echó los hombros hacia delante.

— Aleksander, anda, déjame dinero para el tranvía, que este mes no he cobrado todavía la pensión. Mañana mismo te lo devuelvo.

Su hijo sonrió oscilando la cabeza y le colocó varios billetes de cien rublos en el bolsillo del chaleco. Valentín podría estar viviendo con ellos en la dacha, en las afueras, a salvo del desdén y de la delincuencia, desde hacía años. Pero el viejo y su dignidad se obstinaban en habitar a oscuras un apartamento de una sola habitación con cocina y aseo. En pleno centro, eso sí, y con vistas a la mole gris del antiguo Ministerio de Defensa.

— Toda una vida de trabajo para terminar eligiendo entre morir de frío o de cirrosis. Si te gastas la pensión en vodka, no te queda para carbón, y viceversa. ¿Y qué habéis hecho vosotros, los jóvenes capitalistas, para arreglar esto? —Respiró fatigosamente un par de veces, como para dejar tiempo a que la respuesta se afirmara por sí misma—. Yo te lo diré. Nada.

Aleksander fumaba sin poder evitar la sonrisa, impaciente ante el espectáculo de su padre, testarudo y como fuera del tiempo, y las nubes desgastadas que se veían desde la ventana. Pensó en el reproche que acababa de escuchar, en los negocios que había emprendido casi a escondidas, como un pecado imborrable. Setenta años de comunismo habían vacunado a varias generaciones contra todo lo que llevara la raíz "común". La sociedad sin clases se hizo esperar demasiado tiempo. "Cuando llegue, yo ya no estaré aquí", había lamentado en ocasiones Valentín. Aleksander no quería el destino cruel de los ideales del padre, y un buen día se arriesgó a vivir sin ellos.

— Esta mañana no iré a la biblioteca, Alex. He leído que hay una feria de muebles en Krasnaya Presnya. Algo distinto a la reunión de veteranos del parque Gorki, desde luego. Vendrá gente de muchos países, y hasta puede que haya alguna empresa de España.

Al decir "España", arqueó exageradamente las cejas, y volvió a repetir la frase, con más énfasis, pero esta vez no en ruso, sino en español.

— No empieces de nuevo, papá o le interrumpió Alex—. Otra vez no. Sabes muy bien que no naciste en Es-

paña. Los casi tres mil niños que llegaron durante la Guerra Civil de ese país estaban perfectamente censados. Y tú no apareces por ningún sitio. Na-die-te-cono-ce. Na-die. Eres tan ruso como el Kremlin, papá.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué hablo todavía español, entonces? —Pasó por alto la crueldad de su hijo—. Sí, dime. Siento que mis primeros años no dejaron nada en la memoria. Pero hablo español, Alex. Setenta años después sigo usando un idioma que tú has sido incapaz de aprender en el instituto. Eso es algo que sólo se puede recibir en una familia y en un hogar.

Aleksander fingió la derrota encogiendo los hombros, con el pulgar y el corazón envió la colilla al retrete y se entretuvo abriendo y cerrando armarios en la cocina. "Casas Infantiles para Niños Españoles". Las había investigado a conciencia. Hubo dieciséis, algunas situadas en antiguos edificios de la nobleza. Pero sólo para niños que huían de la guerra española. La pista de Valentín se perdía en el orfanato de Mishovsk, a finales del treinta y siete. Hijo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Y fiel a su padre adoptivo hasta el final. Alexander sintió de pronto el Estado como un abuelo impertinente y gruñón. Mishovsk había estado en obras durante casi dieciocho meses, por esa época, y los huérfanos se habían repartido entre varias ciudades. En el Ministerio de Educación no le ponían buena cara cuando se dejaba caer por allí a preguntar, en parte por la universal aversión que los burócratas sienten hacia los emprendedores, y en parte porque aquellos años de la historia rusa eran demasiado ominosos y duros.

Las últimas visitas habían finalizado con promesas inconcretas y confusas, algo animadas por los dólares que Aleksander deslizaba en voz baja, como quien cumple con un ritual secreto y arcano.

— Me marchó, Alejandro.

Su hijo escondió la cabeza entre las manos. El cambio de Aleksander por “Alejandro” significaba dos o tres días de Alberti y León Felipe (“No he venido a cantar, podéis llevaros mi guitarra”, gemía en cuanto probaba el alcohol) en estrofas teatrales y desacompañadas, y el ruso estaría prohibido en casa. Entonces lo imaginó acosando con preguntas inverosímiles al personal español de la Feria, todo amabilidad y cortesía, y se rió abiertamente.

\* \* \*

Después de varios transbordos, fue por fin la línea doce del tranvía la que dejó a Valentín en Krasnopresnenskaya, a las mismas puertas del recinto ferial. Ya desde el andén se integró en un grupo de ejecutivos extranjeros, armados de maletines de piel y móviles última generación, que charlaban a voces con una impaciencia próxima a la ebriedad, y se dejó conducir junto a ellos ante la puerta principal. Exhibió su carné de jubilado al estilo de la policía, blandiéndolo como un salvoconducto, pero el guardia de seguridad del Expocentr no apreció la altanería y lo dejó pasar. Discutir a voces con un viejo inofensivo en mitad de tal avalancha de visitantes no parecía una buena idea. Ya en el interior de los inmensos pabellones, los stands de las empresas competían en colores, texturas y sonidos, multiplicando los detalles para dirigir hacia sí pequeños afluentes del inmenso río. Sofás, escritorios, sillas, mesas, tapizados... Orden, limpieza, lujo... El espectáculo produjo en Valentín una momentánea vergüenza alimentada por décadas de austeridad soviética y orgullo proletario, pero no pudo evitar un sentimiento fatal de envidia y de tristeza: el mobiliario de su apartamento, como también acaso él mismo, hacía años que había sobrepasado su vida útil.

Consultó una guía de la exposición: Mebel era una de las ferias más importantes del mundo y concentraba en su interior más de mil empresas. De Espa-

ña habría unas cuarenta, la mayoría localizadas en el tercer hall del pabellón siete, a donde se encaminó como un peregrino fatigado que sabe cercano su santuario. A contracorriente entre la muchedumbre, Valentín fue fijándose en letreros y voces, para detectar el castellano en la Babel en la que se encontraba sumergido. Su primera parada fue en un pequeño plató dedicado a la sillería clásica. Charló con el encargado durante un rato, a cuenta de una biografía apócrifa que incluía un viaje en barco desde Santander huyendo de los bombardeos facciosos. Alrededor, las voces de los comerciantes, de los expositores, de las azafatas, se entrelazaban formando un extraño coro que le recordaba vagamente la liturgia ortodoxa. Lo invitaron a sentarse y tomar un canapé, y se entretuvo ojeando unos folletos cada vez que la conversación se interrumpía.

En una de las pausas, giró levemente la cabeza para escudriñar el resto de casetas del pabellón, y de golpe, sin previo aviso, la vio. Unos metros más allá, en otro stand muy iluminado, con muebles de película que combinaban para formar una espaciosa sala de estar. En un enorme cartel que componía un lateral, casi media pared, se destacaba sobre el fondo de edificios bajos de un pueblo, la cúpula estriada en blanco y azul de una iglesia. Sintió un mareo, una fugaz comprensión de lo absoluto y de lo eterno. Esa imagen procedía de su infancia y había quedado sepultada en lo más recóndito de su memoria hasta aquel preciso instante. El entusiasmo se le desbordó a Valentín por el teléfono, aunque al principio Alex no supiera cómo reaccionar, por lo inhabitual de la alegría y las exclamaciones.

— ¡Yecla, Alex! Sí, no te lo vas a creer. ¡Cómo he podido llegar a olvidar una cúpula como esa! Siempre supe que algún día me volvería a encontrar con mis orígenes, que nunca sería demasiado tarde...

\* \* \*

Durante el vuelo, Valentín apreció con emoción el silencio de su hijo, que todo hubiera sido tan fácil, tan cómodo. Comprendió que sin el dinero y los contactos de Alex el proyecto del viaje

a España habría sido poco más que una quimera. Pero allí se encontraba, siete décadas después, en tránsito a una tierra que sólo conocía por su ausencia, por el vacío que le dejó de padres y de cunas, de juegos al sol, de risas sin cuidado... Una vez dentro del taxi, ya en Madrid, se encogió dentro de su abrigo como si se encontrase en el seno materno, a las puertas de un nuevo nacimiento. Tuvo tiempo para sopesar las dudas, la posible decepción, la llegada a un lugar que no era más que un pueblo de tantos donde nadie lo conocía, donde no tenía siquiera un apellido. Se entretuvo en ir uniendo textos a los paisajes castellanos que iban recorriendo, hasta que encontró en la memoria los versos de Machado: “todo en el hoy de ayer, el Todavía / que en sus maduras horas / el tiempo canta y cuenta, / se funde en una sola melodía, / que es un coro de tardes y de auroras.” Sintió que el tiempo había sido cruel con su difunta Raisa, apartándola demasiado pronto de su lado, con tantas cosas aún por decirse. A ratos imaginó lo que hubiera sido de él de haber permanecido en España, después de la guerra, para vivir la vida que le estaba destinada... El ensimismamiento y el cansancio le pudieron al fin, y para cuando el taxi llegó a Yecla ya se encontraba irremediablemente dormido.

\* \* \*

A la mañana siguiente, el viaje seguía conservando el misterio inacabado del primer encuentro con la basílica. Padre e hijo se dedicaron a reconstruir trabajosamente el pasado, charlando a deshoras por las calles como si siempre les hubieran pertenecido, fantaseando sobre dónde habrían vivido, a qué se hubieran dedicado, qué rostros les hubieran sido ahora familiares. Subieron al santuario del Castillo, serpenteando a pie por el camino del cementerio, y allí arriba ambos compartieron por primera vez un sentimiento extraño de plenitud y de vértigo mientras contemplaban el pueblo, los campos inmensos, la vida que se iba reposando al llegar a su santuario... Alexander alcanzó a adivinar las razones del éxtasis que embargaba a su padre, y lo sintió más cercano que nunca. Las diferencias y las disputas entre ellos empezaron a parecerle

trivialidades, juegos ociosos a los que uno se dedica cuando no ha palpado lo esencial de la vida.

Por la tarde, y en virtud de un azar que Valentín ya sospechaba milagroso, se encontraron con uno de los empresarios que había conocido en Mebel, un individuo efusivo y cortés, que al despedirse los invitó a su casa de campo para celebrar la "alborada", no sin antes encontrarles emocionantes e increíbles parecidos con varias familias del pueblo. Ya en la recepción del hotel, Alexander empleó un largo rato en telefonar a Moscú, alegando negocios, taciturno y distraído más tarde.

De madrugada pasó un coche a recogerlos. Abrumado por la hospitalidad, Valentín se sintió partícipe de rituales que le estaban reservados y que el largo exilio no había podido al fin impedir. Cuando llegaron a la casa, en

una pequeña loma rodeada de almendros y de olivos, les esperaba un nutrido grupo de familiares y amigos, que los agasajaron como a viejos compañeros de fatigas. Valentín fue entonces un torrente de preguntas, los arcabuces, la fiesta, la devoción a la Virgen... Su vida había estado allí esperándole todos esos años, sin que él lo supiera desde su otra existencia eslava.

Brindó por el reencuentro, planeó posteriores viajes a Yecla y aprendió con avidez sonidos, olores, sabores. Sentado en un rincón, Alexander aparentaba sueño para permanecer a solas con sus pensamientos. El fax con membrete del Ministerio de Educación que había llegado a la oficina confirmaba su pesimismo. Desde Mishovsk, su padre había sido trasladado a una casa de acogida de San Petersburgo, ocupada entonces por niños españo-

les, con los que compartió casi año y medio de infancia. Y si uno ha visitado esa ciudad, sin duda no habrá podido olvidar la iglesia de la Preciosísima Sangre, también conocida como Catedral de la Ascensión, que se divisa desde el puente sobre el canal Griboyedova, y su extraña cúpula azul y blanca.

A través del cristal de su vaso, Alexander entrevió al grupo entregado a la alegría y a la pólvora, como un sueño irreal y borroso. Quiso dar una voz, detener al instante aquella fiesta insensata y ruidosa...y al punto cayó en la cuenta del privilegio del que estaba siendo protagonista: no todos los días puede alguien regalar a su padre una infancia y una patria. Apuró entonces el vino y al tratar de incorporarse descubrió sobre sus mejillas el sabor salado de las lágrimas, que se le iban hundiendo más y más en el corazón.

